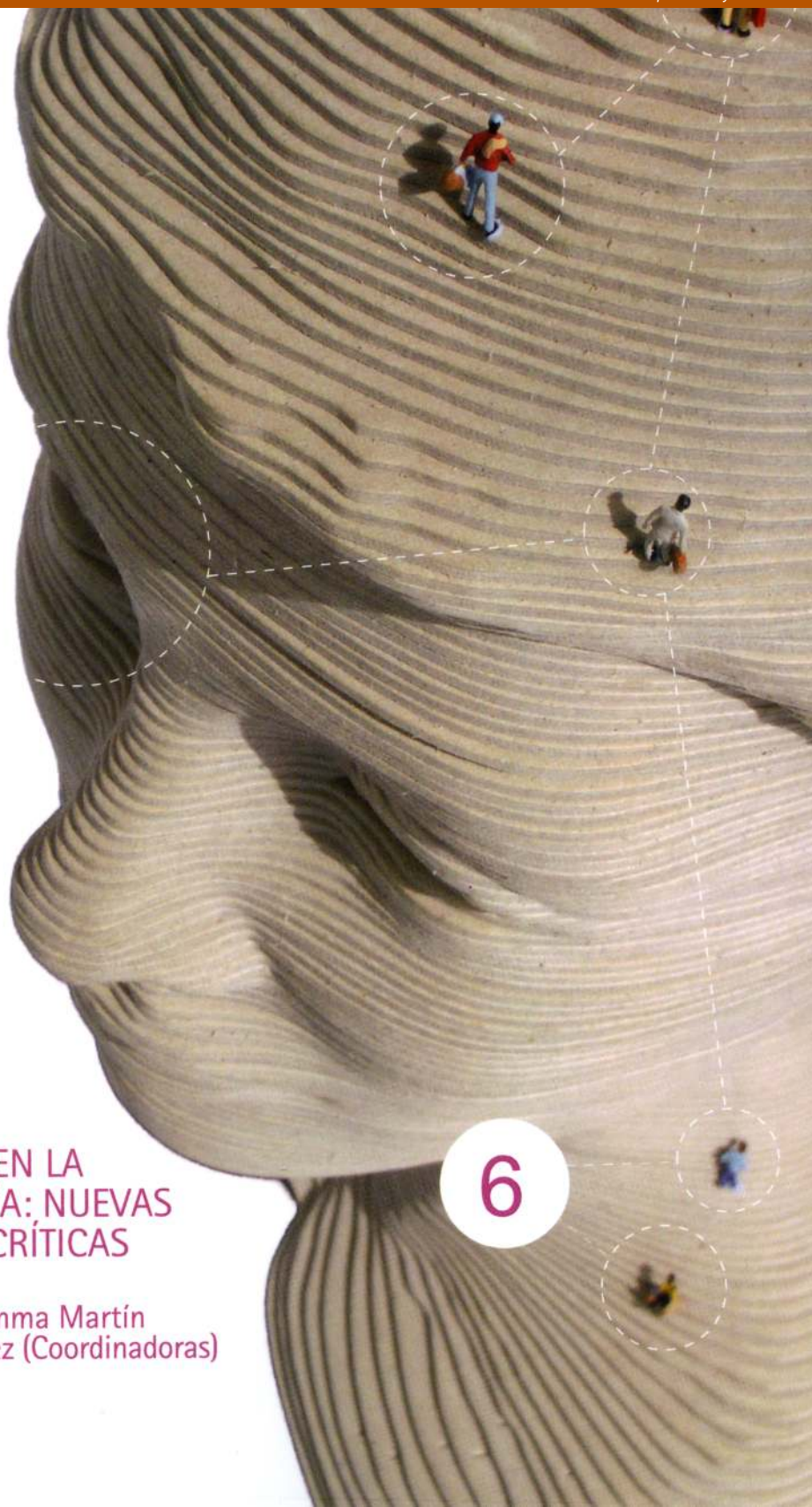


FEMINISMOS EN LA ANTROPOLOGÍA: NUEVAS PROPUESTAS CRÍTICAS

Liliana Suárez, Emma Martín
Rosalba Hernández (Coordinadoras)

6



EL AMOR ROMÁNTICO DENTRO Y FUERA DE OCCIDENTE: DETERMINISMOS, PARADOJAS Y VISIONES ALTERNATIVAS

MARI LUZ ESTEBAN

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

1. REACCIONES, MALESTARES Y FICCIONES CULTURALES

¿Por qué analizar el amor? fue una pregunta planteada en una comunicación presentada por Rosa Medina Doménech, Ana Távora Rivero y yo misma en el anterior Congreso Estatal de Antropología (Sevilla, 2005)¹. Esta pregunta nos servía de excusa para resumir nuestro planteamiento teórico², pero al mismo tiempo nos permitía responder a algunas de las reacciones observadas, reacciones de todo tipo que no han dejado de suscitarse a lo largo de todo este tiempo.

Entre los cuestionamientos destaca el de una estudiante de antropología que, en noviembre de 2006, en el debate que siguió a mi intervención en unas jornadas sobre emociones organizadas por la Universidad de Castilla la Mancha³, planteó sus temores frente a una deconstrucción

¹ Esta comunicación fue presentada en el Simposio “Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual”, organizado por Carmen Díez Mintegui y Carmen Gregorio Gil. Véase Esteban, Medina y Távora (2005).

² Dentro de una investigación, titulada “Amor, salud y desigualdad: identidades de género y prácticas de mujeres”, y financiada por el Programa Sectorial I+D+I del Instituto de la Mujer (nº expediente 102/2004), que ha durado tres años (2004-2007).

En mi parte de la investigación han sido entrevistadas 15 mujeres que han formado o forman parte de organizaciones feministas. Con ello se ha pretendido tener acceso a una muestra de mujeres que vivieran la contradicción entre estar afectadas por la ideología hegemónica en torno al amor y ser críticas al mismo tiempo con la misma. Asimismo han sido entrevistados 3 hombres que mantienen relaciones amorosas con mujeres feministas.

³ Estas jornadas, que tuvieron lugar en Almonacid del Marquesado (Cuenca), llevaron por título “Emociones y sentimientos. Reflexiones interdisciplinarias”, y fueron organizadas por Luisa Abad González y Juan Antonio Flores Martos, profesores de antropología de la Universidad de Castilla La Mancha.

cultural del amor, algo que por otra parte veía necesario. Ella entendía que la racionalización del amor podría tener como resultado la desaparición de la magia del enamoramiento y de la pasión amorosa, y abocarnos a una existencia anodina, sin encanto. En esta anécdota se condensa muy bien un posicionamiento observado sobre todo en mujeres, aunque también en algunos hombres, que nos habla del rechazo o por lo menos de la inquietud que puede producir una tarea feminista y antropológica de revisar en profundidad el amor romántico. Los hombres, por su parte, antropólogos o no, se han mostrado más que nada reticentes con la posibilidad de definir y conceptualizar el amor e, incluso, algunos han puesto en duda que éste tenga un estatus de investigación similar al de otros ámbitos, como podría ser, por ejemplo, el poder.

Este malestar provocado por la indagación en una de las principales “verdades occidentales”, el Amor, es probablemente una de las razones que explican que se haya producido comparativamente poca reflexión científica al respecto, al menos desde un punto de vista crítico⁴. Algo que, por otra parte, contrasta con la omnipresencia del amor en las canciones, películas y novelas, bajo la forma de relatos absolutamente saturados de estereotipos y lugares comunes, que no hacen más que recrear un “como si”: que el amor –y el amor entre un hombre y una mujer lo representaría mejor que cualquier otro– es lo más genuino, lo más auténtico del ser humano y queda al margen de todo tipo de distinciones y jerarquías.

En el ámbito científico han primado las lecturas naturalizadoras y esencialistas, que abordaremos en el siguiente apartado, desde teorías biológicas y psicológicas. El reduccionismo y determinismo de estas aproximaciones, que hablan de las emociones como si fueran hechos dados y universales, pre-culturales, generan y refuerzan ideas que consolidan el orden social desigual imperante, por lo que no suelen resultar problemáticas. Por otro lado, un enfoque bastante mayoritario en sociología, al que nos referiremos también más adelante, ha destacado la tendencia democratizadora en las relaciones familiares y

⁴ Una razón fundamental para la menor investigación habría sido la separación occidental entre emoción y ciencia/razón (Lutz y White, 1986: 409).

de pareja en las últimas décadas del siglo XX; un planteamiento criticado y matizado por algunas autoras feministas.

Esta predisposición, bien a esencializar, bien a idealizar (romantizar) el amor tiene que ver también con la centralidad que una determinada configuración de las emociones tiene en la construcción del sujeto occidental y en la conformación de un sistema de género, clase, etnia y sexualidad que ha sufrido cambios notables en la segunda mitad del siglo XX, lo que lleva a algunos a precipitarse y predecir entusiastamente su desaparición.

Es como si el amor, más que ningún otro ámbito de la vida, nos devolviera una buena imagen de nosotros mismos como occidentales absolutamente orgullosos de nuestros supuestos logros (aunque más narcisistas y etnocéntricos que nunca). De forma que desentrañar el significado cultural del amor en nuestra sociedad supone dejar al descubierto los cimientos de nuestra cultura y, al mismo tiempo, nuestras propias contradicciones y excesos: frente a un individualismo extremo, el amor sería “La” posibilidad de mantenernos cohesionados, además de permitir el “encuentro” entre hombres y mujeres; un encuentro que tiene por otra parte muchísimas posibilidades de no ser equitativo.

Adentrarnos en la deconstrucción del amor es, por tanto, un ejercicio crítico y de humildad cultural al mismo tiempo, no porque deje de manifiesto que el enamoramiento como tal es sobre todo una “ficción” cultural, que lo es, sino porque ponga sobre la mesa los peligros de ciertas ficciones que no hacen más que sustentar desigualdades sociales, y abogue por evaluarlas, redimensionarlas y/o transformarlas en otras más igualitarias y justas, lo que no significa en absoluto que tengan que ser menos pasionales.

2. LA CRÍTICA AL DETERMINISMO BIOLÓGICO Y PSICOLÓGICO Y SUS DIFICULTADES

Una de las líneas principales en la investigación científica de las emociones la constituyen las aproximaciones etológicas y evolucionistas, desde la etología, la psicología, la sociobiología y la antropología biológica (Lutz y White, 1986: 410).

En conjunto, la psicología promulga la existencia de una unidad psíquica y emocional de los seres humanos (Lutz y White, 1986: 412), planteamiento que tiene una influencia fundamental en la conceptualización general de las emociones en Occidente. Desde este esquema se da por hecho la existencia de un interior en los humanos desde el que emanarían las emociones, en un modelo que Sarah Ahmed (2004:9) denomina “inside out” (de dentro afuera)⁵.

Así, autores como Paul Ekman (1984), basándose en el análisis transcultural de las expresiones faciales, teorizan la existencia de un número determinado de emociones humanas básicas (miedo, tristeza, alegría, enfado, sorpresa y asco). Una de las críticas principales a esta mirada es la simplificación que se hace de las emociones y su descomposición en unos pocos elementos, lo que resta toda complejidad a las expresiones humanas.

Por otra parte, en lo que respecta al amor, la antropóloga Helen Fischer (1995, 1999) defiende la dependencia del deseo sexual de las hormonas sexuales, sobre todo de la testosterona, y la caducidad biológica del enamoramiento, asociada a niveles cambiantes de sustancias como la dopamina, la norepinefrina y la serotonina. Siempre desde la defensa de la existencia de diferencias manifiestas entre hombres y mujeres: los primeros más sensibles a estímulos visuales y signos de juventud, salud y fertilidad en las mujeres; las mujeres, más sensibles a imágenes, palabras y fantasías que aludan a temas románticos e incluyan el afecto y el compromiso. Un análisis, como vemos, absolutamente imbuido de la ideología occidental diferencialista y naturalizadora respecto a la biología femenina y masculina y el amor romántico.

El problema principal de este tipo de teorías es su enfoque biologicista y/o psicologicista, una forma de determinismo que, como apunta Angel Martínez Hernáez,

“presupone una jerarquía en el orden de las cosas. En la base se encuentran los procesos biológicos que ejercen su determinación en la vida humana. Sobre esta base se disponen las conductas individuales y los procesos

⁵ Frente a esto esta autora (ibidem) propone justamente la aplicación de lo contrario, un modelo “outside in” (de fuera adentro) que considere en primer lugar el medio donde viven las personas.

psicológicos en tanto que fenómenos dependientes. Sobre este segundo estrato descansan las relaciones sociales y la producción cultural de símbolos y representaciones compartidos. En este triple ordenamiento existen fuerzas de determinación desde abajo hacia arriba (...) pero no de arriba hacia abajo” (2007: 13).

Pero, la respuesta al biologicismo desde las críticas antideterministas “ha sido desigual y generalmente no ha significado la elaboración de un ‘programa fuerte’ alternativo” (ibidem: 15). Apoyándose en Lewontin, Rose y Kamin (1990), Martínez Hernández argumenta que:

“a diferencia de los deterministas biológicos que construyen sus edificios teóricos a partir de argumentos simplistas y de mecanismos únicos para entender fenómenos diversos (...) los antideterministas deben trabajar con una perspectiva global para tratar un mundo de relaciones entre los genes, el medio ambiente y la sociedad que, inequívocamente, adquiere una mayor complejidad” (2007: 15).

Una reflexión que podríamos aplicar muy bien al estudio social o antropológico de las emociones que, a pesar de sus aportaciones teóricas y etnográficas y de su abordaje de las emociones no como estados psicológicos sino como prácticas sociales y culturales⁶, no ha conseguido contrarrestar la fuerza de las aproximaciones biologicistas y psicologicistas. Menos aún en lo referido al amor, donde una crítica contundente a las visiones esencialistas más generalizadas precisaría, a mi entender, de una construcción teórico-conceptual mucho más reflexiva y ambiciosa, además de una comparación transcultural bien contextualizada y profunda de la experiencia diversa y compleja de los vínculos afectivos entre las personas.

3. AMOR, SUJETO Y GÉNERO EN OCCIDENTE

Una característica específica de la sociedad occidental de los últimos siglos es el acento puesto en el amor, el amor romántico y la

⁶ Véanse a este respecto, por ejemplo, Rosaldo (1984) y Lutz y Abu-Lughod (1990).

vinculación entre amor y matrimonio. El paso a lo que llamamos modernidad conlleva la individualización de la sociedad desde una configuración cultural emocional concreta. El individuo se convierte de este modo en una unidad cognitiva, moral, psicológica y emocional, absolutamente aislada y aislable del resto, un yo consciente dividido en un exterior y un interior, como veíamos anteriormente, desde el que se extereorizarían las emociones (Esteban, Medina y Távora, 2005).

Pero esta contrucción de lo subjetivo se produce de forma articulada con la estratificación y delimitación de las fronteras entre sexos, clases, etnias, la demarcación de las esferas pública y privada, y la especialización de las mujeres en la supervisión de esta última, incluido todo lo relativo a las emociones; es decir, la nueva subjetividad conlleva una reordenación de las relaciones de género, clase y etnia.

Otros cambios simultáneos habrían sido los ocurridos en la forma y el tamaño de las familias y grupos de convivencia, y en los valores familiares⁷. La trascendencia dada a estos últimos ha conducido a autores del prestigio de Anthony Giddens (1995) o Ulrick y Elisabeth Beck-Gerhsheim (1998) a subrayar la tendencia democratizadora de las relaciones familiares, de género y de pareja, o a que incluso estos últimos planteen la cuestión de si es posible la persistencia del amor romántico en una sociedad igualitaria⁸.

Sin embargo, algunos estudios feministas subrayan que las familias son redes de cooperación y solidaridad pero también de dominación y control, y que las experiencias de las mujeres dentro de las mismas son múltiples y variadas, satisfactorias pero también negativas (Thorne, 1992). Por tanto, el problema de la perspectiva “democrática” del amor no estaría tanto en identificar algunos cambios, sino en sobredimensionarlos y no atender en igual proporción a las continuidades en las ideologías familiares y amorosas y en las desiguales oportunidades que siguen teniendo las mujeres.

⁷ Una historia muy detallada de los cambios en el amor y la familia puede encontrarse en Coontz (2006).

⁸ Autores como Zygmunt Bauman (2003) han subrayado también la fragilidad y la ambivalencia de los vínculos amorosos en la sociedad actual.

Como era previsible, el amor (no exclusivamente el amor de pareja) es central en la vida de las mujeres entrevistadas en nuestro estudio⁹. Todas las referencias recibidas en su proceso de socialización han ido configurando y reforzando esta centralidad. Su experiencia no se corresponde siempre con ese ideal: han vivido y viven situaciones personales muy diversas y para ellas el amor ha sido causa de satisfacción y plenitud pero también de sufrimiento. Pero todas consideran el amor como una referencia crucial en su vida. Además, recalcan que en su entorno más cercano hay una presión considerable para que la gente ligue o busque pareja. Por oposición a esto, el no mantener relaciones se percibe y se experimenta, por lo general, como una carencia, como si una persona sin pareja fuera “menos” y viviera irremediabilmente en peores condiciones. Y solo una informante se ha corregido a sí misma cuando ha hablado de no tener pareja como “estar sola/o”.

El amor lo describen las mujeres entrevistadas como sosiego, luz, aliento, gasolina, motor, energía positiva, felicidad, ganas de hacer cosas, iluminación... Algunas insisten en la reciprocidad, el dar y recibir, como una característica intrínseca e ideal del amor. Otras hablan de la fragilidad de la condición humana, que quedaría compensada en el intercambio amoroso en el poder “abandonarse en el otro”, en la idea del amor como refugio. Como si el amor permitiera “ser uno/a mismo/a” más que cualquier otro ámbito de la vida. Aunque hay quien subraya también el desconocimiento, la incertidumbre respecto a qué es el amor, la idea del amor como un enigma, lo desconocido.

Otro aspecto recurrente en las entrevistas es la referencia continua a la tensión entre amor y razón, el amor como algo que se escapa al control humano, algo que te obliga a “perder los papeles”. El amor se convierte así en un ámbito definidor de lo humano precisamente y paradójicamente porque se sitúa más allá del raciocinio, y esto se puede llevar al extremo y catalogar directamente al enamoramiento como un “estado de enajenación”.

⁹ Los resultados empíricos resumidos en este artículo pertenecen a mi parte de la investigación.

Como hemos visto, en los últimos siglos en Occidente, se da una redefinición cultural del sujeto, que observamos también en las entrevistas, de forma articulada con el surgimiento de un nuevo orden desigual de género. Pues bien, a pesar de la idealización y del sentido de lo sublime que rodea al amor en nuestra cultura, muchas mujeres entrevistadas han subrayado la idea de que el amor es ante todo una trampa para las mujeres, además de una fuente de insatisfacción¹⁰. Curiosamente, esta segunda consideración no invalida la primera, sino que ambas son presentadas como distinguibles y al mismo tiempo perfectamente compatibles, de forma que quedaría por un lado lo esencial: el amor como principio definidor de lo humano; y a otro nivel, secundario, la constatación de la subordinación. Un bucle que conlleva, en última instancia, una dificultad intrínseca para abordar transformaciones o cambios necesarios en las ideologías y prácticas del amor.

Así y todo, en una cultura como la nuestra, que tiende al individualismo extremo, el amor puede estar siendo (de hecho los resultados de las entrevistas apuntan por ahí) un ámbito de discusión, de problematización de dicha cultura, puesto que al tiempo que se refleja esa construcción cultural del individuo, se problematizan sus “excesos”. Esta tensión será, por tanto, más evidente en las personas que tienen conflictuada, problematizada su propia subjetividad, como es el caso de las mujeres que se están redefiniendo a sí mismas como sujetos de hecho y de derecho, y que intentan modificar su posición social como seres subordinados, lo que les lleva a vivir la relación amorosa como un desafío a su propia individualidad y, en consecuencia, a experimentar cierta contradicción o al menos incomodidad.

4. DEFINICIONES Y CLASIFICACIONES ALTERNATIVAS

Paralelamente a la deconstrucción histórica del amor y las emociones, una manera de combatir la tendencia naturalizadora de las

¹⁰ También para los hombres, deberíamos añadir, ya que aunque las relaciones de pareja tienden a reproducir las relaciones sociales entre hombres y mujeres, con mecanismos de empoderamiento masculino y desempoderamiento femenino (Langford, 1999), son interacciones que no siempre dejan satisfechos a los hombres.

explicaciones occidentales dominantes en torno al amor es proponer nuevas definiciones, así como clasificaciones alternativas y múltiples de las interacciones amorosas. En un artículo publicado en la revista *Ankulegi* (Esteban, 2007), en el que se ofrece un planteamiento general respecto al análisis antropológico del amor, he propuesto una definición del amor inspirada en la dada por Michelle Rosaldo de las emociones como pensamientos encarnados (1984: 143). Así, el amor, en tanto que complejo modelo de pensamiento, emoción y acción (Tennov, 1979: 173),

“estaría constituido por un repertorio de ideas, valores, capacidades y actos encarnados¹¹, que combinados e implementados de maneras diversas, darían lugar a procesos de interacción donde existiría una tensión entre la gratuidad del ‘don puro’ y la reciprocidad estricta propia de otros ámbitos¹². En consecuencia, las nociones, clasificaciones y vivencias en torno al amor adoptarían formas múltiples en las distintas culturas, grupos sociales o individuos” (Esteban, 2007: 72).

Se trataría, por tanto, de forjar conceptualizaciones que nos permitieran profundizar de forma articulada en la corporalidad, la contextualidad y la complejidad de eso que llamamos amor, con sus distintas dimensiones: ideológica, cognitiva, simbólica, interactiva, relacional, moral... Una aproximación que nos posibilitara trascender una definición del amor como meros sentimientos o determinados estados internos, que al final nos remite a una lectura excesivamente biologizada y psicologizada y, en consecuencia, etnocéntrica del ser humano, ya que presupone “la superioridad de los propios valores y costumbres culturales con respecto a otros grupos y, por tanto, en un contexto de poder y desigualdad, la exclusión o infravaloración de lo ajeno” (Maquieira, 2001: 128). Un posicionamiento que discutiera incluso la obligatoriedad de lo que llamamos amoroso en la definición

¹¹ Es decir, que involucran siempre el cuerpo.

¹² Me inspiro aquí en la revisión que Ignasi Terradas (2002) hace de las teorías en torno al don y la reciprocidad de Marcel Mauss y otros autores, donde apunta que la amistad o el amor superan la concepción clásica de la reciprocidad estricta definida por Mauss “con sus tres fases obligatorias: dar, aceptar y retornar”.

del ser humano y fuera consciente de los riesgos de las definiciones y clasificaciones hegemónicas del amor en Occidente.

Las mujeres entrevistadas identifican elementos muy diversos entre los componentes del amor sexual: amistad, fidelidad, compromiso, incondicionalidad, deseo y disfrute de la otra persona, selección y singularización del otro... Y la mayoría coincide en que la sexualidad es un ingrediente fundamental de este tipo de relación, que contribuye además a dar una intimidad específica a la misma. En esta misma línea, William Jankowiak, basándose en diferentes autores, propone cuatro características que distinguirían la pasión amorosa de otros tipos de amor: la idealización y erotización del otro, y el deseo de intimidad y de durabilidad de la relación (1995: 4). Pero todas estas características, una por una, están o pueden estar presentes en otro tipo de interacciones, por lo que lo singular sería más bien el acento que se pone en un contexto determinado en alguna o todas ellas, lo que condiciona evidentemente su aprendizaje y vivencia (Esteban, 2007).

Por otra parte, algo común en las entrevistas es la importancia que las feministas le dan a la igualdad entre los miembros de la pareja a la hora de tomar decisiones, así como a la posibilidad de tener libertad y espacio para hacer planes propios. Es decir, se establecen condiciones y límites que llevan a planteamientos divergentes del principio de la entrega absoluta y el abandono total en el otro que, además, son aplicados culturalmente de manera diferente a mujeres y hombres y que tienen consecuencias prácticas y materiales para aquellas, como un menor acceso al trabajo remunerado, a la riqueza y al poder, en general.

Si nos fijamos ahora en las clasificaciones de las relaciones que ofrecen nuestras/os informantes, la mayoría parten de un modelo clasificatorio clásico en nuestra cultura, como es el de diferenciar el amor de la familia, el de pareja y el de las relaciones de amistad. Para muchas, el primero se caracterizaría por la total incondicionalidad, que se puede llegar a disfrutar también en las relaciones de amistad¹³. A este nivel, un resultado crucial de la investigación es que la práctica

¹³ Esta relación con los padres y la familia biológica puede conllevar también, como es lógico, sentimientos encontrados o, incluso, se puede vivir la familia como algo impuesto con un rango distinto a la amistad o las relaciones de pareja.

totalidad de las mujeres feministas entrevistadas consideran la amistad como una base fundamental de su vida, lo que trastoca en la práctica la jerarquía amorosa impulsada en nuestra cultura.

Pero además, unas pocas han ofrecido clasificaciones que conllevan sistemas alternativos de valoración. Por ejemplo, una mujer joven identifica tres grandes tipos de relaciones en su vida: relaciones muy intensas, sean o no cortas en el tiempo, que no necesariamente conllevan deseo sexual pero sí intensidad y plenitud; relaciones cotidianas, entre las que incluye las mantenidas con familiares y amigos/as; y por último, aquellas que le reportan seguridad y amor, donde incluye a las parejas que ha tenido, sus padres y algunos amigos muy íntimos, normalmente mujeres. Otra informante ordena sus relaciones por lo que comparte (por ejemplo, el tiempo) y subraya que los criterios con los que actúa con su pareja no son diferentes a los que utiliza con sus amigos. Estas clasificaciones, aunque minoritarias, son reseñables precisamente por su atipicidad, porque dejan perfectamente de manifiesto que la cultura hegemónica sobre el amor es un condicionante pero no determina totalmente la ideología o la práctica de la gente, lo que permite poner en marcha formas propias de conceptualización y relación; y porque nos sirven, en definitiva, para poner en cuestión la jerarquía del amor de pareja sobre otro tipo de vínculos o contratos interpersonales.

5. APLICACIONES Y PARADOJAS DE LA COMPARACIÓN TRANSCULTURAL

Deconstruir y reconceptualizar el amor no es necesario solo para ser más conscientes de nuestras trampas culturales e intentar eliminarlas, sino porque posibilita profundizar en la crítica al etnocentrismo, es decir, mejorar la tarea antropológica. Algunas etnografías en torno al amor romántico realizadas en culturas distintas nos aportan resultados muy diversos e incluso paradójicos para el debate feminista y la crítica al etnocentrismo que estamos proclamando.

Así, por ejemplo, Susan y Douglas Davis (1995) han percibido diferencias manifiestas entre las mujeres y los hombres jóvenes de la sociedad marroquí, ya que las mujeres no aparentan experimentar la

misma intensidad romántica que los hombres o solo la comparten con sus mejores amigas. Esto se debe, según estos autores, a que deben mantener indemne el ideal de pureza pero también a que necesitan más que ellos de un matrimonio estable, lo que las empuja a dejarse llevar menos por sus sentimientos.

Por su parte, Linda A. Rebhun (1995) recoge algunos cambios ocurridos en la sociedad brasileña a lo largo del siglo XX, como la masiva afluencia a las ciudades y la pérdida de los padres de la seguridad económica respecto a sus hijos, que hacen que se refuerze la idea del matrimonio como unión amorosa, idea que afecta de diferente manera a hombres y mujeres, y que no significa que todos los matrimonios sean por amor (1995: 242). Hombres y mujeres tienen diferentes expectativas frente al matrimonio, lo que es fuente de desencuentros, conflictos, desilusiones y rupturas frecuentes. Además, se diferencia claramente entre el amor maduro, de compañeros, y la pasión tumultuosa y sexual.

También es interesante el caso analizado por Victoria Burbank (1995) en una comunidad de aborígenes australianos donde el amor romántico aumenta radicalmente su presencia con la instalación de una misión protestante en los años 50. Los nuevos aprendizajes de los jóvenes, al compás de las películas de Hollywood, van provocando su oposición a los matrimonios concertados antes de la menarquia de las niñas. Burbank, inspirándose en Lila Abu-Lughod (1990: 35) concluye que la construcción del amor romántico en esta sociedad es un discurso de desafío, un paradigma de resistencia adolescente frente al autoritarismo de los padres (1995: 192).

Una etnografía no centrada en el amor, pero que nos ofrece también pistas significativas, es la realizada por Arantza Meñaca (2007) en su estudio de los procesos de autocuidado de familias migrantes ecuatorianas en Catalunya. Desde la lectura que yo hago de algunos de los itinerarios de mujeres descritos, se podría argumentar que la puesta en marcha en el contexto de la inmigración de modelos de relación menos imbuidos de romanticismo, pero no obligatoriamente menos solidarios o satisfactorios, estaría permitiéndoles a esas mujeres reflexionar sobre su posición de género y por tanto estar en condiciones de construir relaciones más equitativas.

6. REFLEXIONES FINALES

Todos los ejemplos de dentro y fuera de Occidente presentados en este artículo nos hablan de la necesidad de ser muy cautas en nuestros análisis y de profundizar mucho más en ellos. Es evidente que en los contextos donde el amor romántico ocupa un lugar central en la estructura social, la equiparación entre mujeres y hombres se ve directamente beneficiada de la flexibilización y transformación de la experiencia amorosa, y de la búsqueda de nuevas formas de vincularse, solidarizarse y entender y practicar la reciprocidad, que no tienen por qué perder en intensidad. Pero, mientras tanto, en otros entornos, el amor romántico está siendo una práctica que desafía distintos tipos de imposiciones y desigualdades sociales.

Por tanto, no ser radicalmente críticas con la supremacía, conceptualización y naturalización del amor y del amor sexual en Occidente nos puede inducir a interpretar errónea y etnocéntricamente realidades o cambios que están experimentando mujeres y hombres en distintas sociedades. Además de poder condicionar y empobrecer nuestros debates y políticas en ámbitos de investigación muy diversos: familia, salud/enfermedad, cuidados, violencia contra las mujeres, trabajo remunerado...

BIBLIOGRAFÍA

ABU-LUGHOD, Lila (1990) "Shitfting politics in Beduoin love poetry", in C.A. LUTZ; L. ABU-LUGHOD (eds.) *Language and the politics of emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 24-45.

AHMED, Sara (2004) *The Cultural Politics of Emotion*, Edinburgh, Edinburgh University Press.

BAUMAN, Zygmunt (2003) *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds*, Cambridge UK, Polity Press.

BECK, Ulrich; BECK-GERNSHEIN, Elisabeth (1998) *El normal caos del amor*, Esplugues de Llobregat/Barcelona, El Roure Ediciones.

BURBANK, Victoria Katherine (1995) "Passion as Politics: Romantic Love in an Australian Aboriginal Community", in W. JANKOWIAK (ed.) *Romantic Passion. A Universal Experience?*, New York, Columbia University Press, pp. 187-195.

COONTZ, Stephanie (2006) *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el mundo*, Barcelona, Gedisa.

DAVIS, Douglas A.; SCHAEFER DAVIS, Susan (1995) "Possessed by Love: Gender and Romance in Morocco", in W. JANKOWIAK (ed.) *Romantic Passion. A Universal Experience?*, New York, Columbia University Press, pp. 219-238.

DE MEÑACA RODRÍGUEZ-AVIAL, Arantza (2007) *Antropología, salud y migraciones. Procesos de autocuidado en familias migrantes ecuatorianas*, Tesis Doctoral, Universitat Rovira i Virgili (Tarragona).

EKMAN, Paul (1984) "Expressions and the nature of emotion", in K. SCHERER; P. EKMAN (eds.) *Approaches to Emotion*, New York, Hillsdale, pp. 319-343.

ESTEBAN, Mari Luz (2007) "Algunas ideas para una antropología del amor", *Ankulegi-Revista de Antropología Social* 11, pp. 71-85.

ESTEBAN GALARZA, Mari Luz; MEDINA DOMÉNECH, Rosa; TÁVORA RIVERO, Ana (2005) "¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género", in C. DÍEZ MINTEGUI; C. GREGORIO GIL (coord.) *Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual*, X Congreso de Antropología, Sevilla, FAAEE-Fundación El Monte-ASANA, pp. 207-223.

FISCHER, Helen E. (1995) "The Nature and Evolution of Romantic Love", in W. JANKOWIAK (ed.) *Romantic Passion. A Universal Experience?*, New York, Columbia University Press, pp. 23-41.

FISCHER, Helen E. (1999) *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Barcelona, Anagrama.

GIDDENS, Anthony (1995) *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.

JANKOWIAK, William (1995) "Introduction", in W. JANKOWIAK

(ed.) *Romantic passion. A universal experience?*, New York, Columbia University Press.

LANGFORD, Wendy (1999) *Revolutions of the heart. Gender, power and the delusions of love*, London/New York, Routledge.

LEWONTIN, R.C.; ROSE, S.; KAMIN, L.J. (1990) *No está en los genes*, Barcelona, Crítica.

LUTZ, Catherine; ABU-LUGHOD, Lila (eds.) (1990) *Language and the politics of emotion*, Cambridge and Paris, Cambridge University Press.

LUTZ, Catherine; WHITE, Georges M. (1986) "The anthropology of emotions", *Annual Review of Anthropology*, 15: pp. 405-436.

MARTÍNEZ HERNÁEZ, Angel (2007) "Cultura, enfermedad y determinismo médico. La antropología médica frente al determinismo biológico", in M. L. ESTEBAN (ed.) *Introducción a la antropología de la salud. Aplicaciones teóricas y prácticas*, Bilbao, OSALDE-Asociación por el Derecho a la Salud, pp. 11-43.

MAQUIEIRA, Virginia (2001) "Género, diferencia y desigualdad", in VV. AA., *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Madrid, Alianza Editorial (Ciencias Sociales), pp. 127-190.

REBHUN, L.A. (1995) "The Language of Love in Northeast Brazil", in W. JANKOWIAK (ed.) *Romantic Passion. A Universal Experience?*, New York, Columbia University Press, pp. 239-261.

ROSALDO, Michelle Z. (1984) "Toward an anthropology of self and feeling", in R.A. SHWEDER; R.A. LEVINE (eds.) *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 137-157.

TENNOV, Dorothy (1979) *Love and Limerence: The experience of Being in Love*, New York, Stein and Day.

TERRADAS, Ignasi (2002) "La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad", *Endoxa-Series Filosóficas* 15, pp. 205-250.

THORNE, Barrie (1992) "Feminism and the Family: Two Decades of Thought", in THORNE, B.; YALOM, M. (Eds.) *Rethinking the*

Family. Some Feminist Questions, Boston, Northeastern University Press, pp. 3-30.